

bles; los héroes eran por lo comun hombres formados, endurecidos con los trabajos de la guerra, agrandado su espíritu con la intervencion en los negocios públicos, ávidos de gloria, colocados en circunstancias críticas, en que el peligro de la patria daba vuelo á su entusiasmo, energía á su denuedo; entre los mártires se ven ancianos, mujeres, niños, hombres de las condiciones mas humildes, que no habian ocupado jamás puestos distinguidos, y que por tanto no habian podido adquirir aquel fiero orgullo, que siendo una de las pasiones mas poderosas de nuestro corazon, nos comunica á veces una firmeza de que sin él no fuéramos capaces.

Para formarnos una idea del mérito de los mártires acerquémonos á uno de aquellos ilustres presos, tan desgraciados á los ojos del mundo, tan felices en Jesucristo. Su nombre no se sabe, su categoría es oscura; ¿por qué se halla detenido? porque cree que un Hombre que murió ajusticiado en la Palestina, es Hijo de Dios, y verdadero Dios, que tomó nuestra naturaleza para satisfacer por nuestras deudas á la justicia del Eterno Padre. ¿Qué vemos en su alrededor? el desprecio ó la compasion, ó el odio de cuantos le contemplan; unos le miran como insensato, otros le califican de fanático, estos le apellidan iluso, aquellos le achacan los mas feos crímenes. Ni un rayo de gloria mundana, ni un consuelo sobre la tierra. No busqueis en su situación nada que pueda confortarle, haciendo que su naturaleza obre por reaccion contra los males que le abrumen. Todas sus pasiones se hallan amortiguadas con el abatimiento y postracion á que está reducido el cuerpo; y si el orgullo quisiese levantar su frente, nada ve en torno de sí que pueda halagarle ni sostenerle. ¿Qué semejanza se encuentra entre el héroe de la Religion y los héroes del mundo?

Se me dirá que la esperanza de una vida mejor les hacia llevaderos los padecimientos y agradable la muerte; es cierto, y esto no lo negamos los cristianos; pero cabalmente en la misma resolucion de sacrificar á lo futuro

todo lo presente, de sobreponerse á todas las inclinaciones naturales, de menospreciar todo cuanto los rodeaba y hasta su propia existencia, en esta resolucion, repito, se descubre la accion sobrenatural de la gracia divina; pues que á tanto no alcanza la flaqueza humana abandonada á sus propias fuerzas. Ya en otra de mis anteriores hice notar que el hombre propende por naturaleza á dejarse llevar de las impresiones de momento, y que todo lo que mira en lontananza, sea bien ó mal, tiene para él escaso interés. Esto lo estamos palpando por desgracia en buena parte de los cristianos, que creyendo las terribles verdades de nuestra Religion, viven tan olvidados de ellas, cual hacerlo pudieran los gentiles. Por esta causa, al ver que un número tan asombroso de personas de todas edades, sexos y condiciones, se hace superior á esta debilidad de nuestra naturaleza, contrariando sus inclinaciones con decision tan heroica, es preciso reconocer que hay aquí algo que se levanta sobre la region natural, algo en que el Omnipotente se complace en manifestar de cuánto es capaz lo débil cuando su brazo todopoderoso se propone hacerlo fuerte.

No sé, mi estimado amigo, si estas reflexiones le habrán convencido plenamente; pero atendido su buen juicio, me atrevo á esperar que sí. No puedo persuadirme que su claro entendimiento no vea la inmensa diferencia que va de nuestros mártires á los héroes del mundo, sean del órden que fueren; V. no ignora la historia; recapacite cuanto ha leído, y no encontrará nada que á tamaño prodigio sea comparable. ¿Qué causas naturales puede V. imaginar para explicarle? ¿El entusiasmo? pero un sentimiento tan pasajero, ¿cómo es dable que se sostenga por espacio de tres siglos? ¿cómo puede propagarse por todo el mundo conocido? ¿La gloria humana? pero tantos que perecian sin dejar ni siquiera su nombre, ¿cómo podrá decirse que muriesen por la gloria? ¿Y qué clase de gloria será esta que así atrae al fogoso jóven como al caduco anciano, á la matrona como á la doncella, al adulto como al niño, al

sábido como al ignorante, al rico como al pobre, al magnate como al mendigo? Pongámonos de buena fe, y será preciso reconocer que por mas poderoso que sea sobre nuestro corazon el ascendiente de la gloria, no alcanzó jamás á producir un efecto tan grande, tan universal, en situaciones y personas tan diferentes; pongámonos de buena fe, y descubriremos aquí el dedo de Dios.

Si los cristianos hubiesen sido pocos, y habitado todos en países muy vecinos, viviendo sujetos á las mismas influencias y durando su Religion muy corto tiempo, entonces no fuera tan contrario á razon el decir, que se introdujo entre ellos cierta exaltacion de ánimo, y que se fué comunicando de unos á otros. Pero, ¡por todo el mundo y por espacio de tres siglos, y siempre la misma fortaleza, y siempre la misma constancia! Reflexione V., mi estimado amigo, sobre esta última observacion, que ella sola basta para disipar todas las dificultades.

Paso ahora al otro punto indicado en la apreciada de V. relativo á la fuerza que puede tener el argumento fundado en la rápida propagacion del cristianismo, á pesar de la horrible persecucion á que por tanto tiempo estuvo sujeto. Dice V. que ya es cosa sabida que el mejor medio de hacer prosperar una causa y difundir una doctrina, es emplear contra ellas la violencia; pues desde el momento que sus defensores llevan en sus frentes la auréola del sufrimiento, excitan la admiracion y entusiasmo en cuantos los contemplan, y arrastran un mayor número de prosélitos. Mas de una vez he meditado sobre esto que V. y otros afirman sobre la fuerza propagadora entrañada por la persecucion; y confieso ingenuamente, que ora haya escuchado los dictámenes de la filosofia, ora me haya atenido á las lecciones de la historia, jamás he podido persuadirme de que fuese un buen medio de apoyar una causa el perseguirla á sangre y fuego.

En esta parte hay mucha confusion de ideas y de hechos, que es necesario aclarar. Para lograrlo propondré separadamente algunas cuestiones de cuya resolucion depende el

formar acertado juicio sobre la principal que se examina. ¿Es verdad que la vista de la persecucion excite entusiasmo ó interés en favor del perseguido? A esta pregunta no se puede responder sin distinguir. O el perseguido es considerado como inocente, ó como culpable: en el primer caso, sí; en el segundo, nó. Lo mas que podrá inspirar será compasion, pero esta nada tiene que ver con el entusiasmo, ni el interés de que se trata. En lo que acabo de asentar no cabe duda; y de ello se infiere, que cuando se afirma en general que la persecucion honra, que ilustra, que excita simpatías, se dice una verdad si se habla del que es mirado como inocente, y solo con respecto á los que le consideran como tal; solo á los ojos de estos es un verdadero perseguido; á los de los otros, no tiene propiamente este carácter, no es una víctima de la persecucion, sino un objeto de la vindicta pública. Resulta de lo dicho, que si en un país se suscita una persecucion contra una causa ó una doctrina, si estas son consideradas como justas y santas, los que por ellas sufran serán respetados y admirados; pero si son reputadas falsas, injustas, contrarias al bien comun, entonces el castigo de los criminales léjos de excitar semejante admiracion y respeto, inspirará á lo mas sentimientos de estéril compasion en favor de los que se supongan ilusos, ó como suele decirse, engañados de buena fe.

No se hallaban por cierto los mártires cristianos en situacion favorable, en ninguno de los sentidos que acabo de indicar. Profesando una religion diametralmente opuesta á todas las recibidas en la generalidad de los pueblos, predicando que el culto tributado á los dioses reinantes no era mas que criminal idolatría, apartándose de las diversiones de los gentiles como de abominaciones nefandas, eran mirados con aversion, con odio, con execracion; se los abrumaba de calumnias, se los consideraba como enemigos del resto de los hombres, como perturbadores de la sociedad; y para hacerles apurar las heces del cáliz, se les achacaba que en la celebracion de sus misterios cometian

horrendos crímenes. Nadie ignora el frenesí con que se pedía la sangre de los confesores de Jesucristo: *los cristianos á las fieras, los cristianos al fuego*: este era el grito que se levantaba por todos los ángulos del mundo. Cubiertos de insultos, de befa y de escarnio, mientras espiraban entre los tormentos mas atroces, teníanse á gran dicha si en las tinieblas podían salir de sus lóbregas moradas algunos hermanos que diesen sepultura al mutilado cadáver entregado por pasto á los brutos carniceros. Ahora, al contemplarlos sobre los altares, al oír que se les entonan himnos de alabanza, al saber que ciñen en el cielo la inmarcesible corona cuyos resplandores se reflejan en los cultos que se les tributan en la tierra, cuéstanos trabajo el concebir todo el horror de la situación en que se hallaban en los formidables trances de sus tormentos y muerte. Nó, no veían en torno de sí ese respeto, esa admiración que nosotros ahora les ofrecemos; veían sí el odio, el insulto, la calumnia, y lo que quizás es mas doloroso para el corazón humano, la burla y el desprecio. Solo Dios era su consuelo, solo Dios era su esperanza; solo Dios era su sosten en aquellos terribles momentos en que luchando con el mundo y consigo mismos, arrojaban impávidos la muerte por confesar la fe del Crucificado. No bastan para semejantes prodigios las causas naturales, no bastan los esfuerzos de la débil humanidad; á quien no se contente con semejantes razones le opondremos el famoso dilema: ó estaban sostenidos milagrosamente por el cielo, ó no lo estaban; si lo primero, entonces os hallais de acuerdo con nosotros; si lo segundo, os diremos que este es el mayor de los milagros, el hacer sin milagros cosas tan milagrosas.

Inferiremos de esto, que la constancia de los mártires no pudo estar sostenida por el placer de excitar admiración y entusiasmo; y así viene al suelo lo que pudiera decirse que los honores de la persecución ilustrando á las víctimas, contribuían á destruir el objeto que se proponía.

¿Es cierto que el perseguir una doctrina sea buen medio

para propagarla? La pregunta se presenta ya algo extraña á primera vista; sin embargo esto es lo que se dice á cada paso, contradiciendo abiertamente la filosofía y la historia. Si se afirmase que la verdad se abre paso al través de la persecución, el aserto sería muy diferente; pero pretender que la persecución misma haya de ser un vehículo, es un absurdo; á no suponer que de este vehículo se sirva para sus altos fines la infinita sabiduría del Todopoderoso.

El hombre ama naturalmente el bienestar, tiene un fuerte apego á la vida, un grande horror á la muerte; luego los tormentos y el patíbulo son poderosos resortes para apartarle de una causa que le exponga al riesgo de sufrirlas. Me habla V., mi estimado amigo, de «la belleza del sufrimiento, de la brillante auréola que circunda las sienes de la víctima que marcha serena á ofrecerse en holocausto;» todo esto es verdad, pero temo mucho que no sea muy á propósito para influir sobre la generalidad de los hombres; temo mucho que en la práctica no se ha de presentar la cosa tan encantadora y atractiva como se nos muestra en los libros. Y no me eche V. en cara que tengo el corazón poco sensible, que no comprendo toda la sublimidad de las acciones heroicas; la siento y la comprendo muy bien; pero tratándose de examinar la realidad, y nó las ficciones, se me hace preciso atenerme á lo que estoy viendo en las páginas de la historia y me están enseñando las lecciones de la experiencia. ¿Cuántos son los hombres generosos que sacrifican su bienestar, su fortuna y su vida, por la causa de la verdad y de la justicia? Son ahora, y fueron en todos tiempos, muy pocos; y la misma admiración que nos inspiran es una prueba evidente de que tan heroica fortaleza no es el patrimonio comun de la humanidad. ¿Quiere V. partidarios? Distribuya honores, prodigue riquezas, abrevie de placeres; que si no tiene otra cosa que palmas de martirio, bien pronto verá desaparecer los prosélitos y los amigos, bien pronto se quedará V. con pocos rivales que le disputen la auréola de.

una vida de padecimientos y de una muerte afrentosa.

A decir verdad, no creía yo que debiese hallarme en la precision de recordarle á V. estas verdades, que por tristes, no dejan de ser verdades; imaginábame que siendo V. escéptico debia de ser algo mas *positivo*; y que viviendo en épocas de vicisitudes, habria aprendido á conocer mejor á los hombres, y á formarse ideas mas exactas sobre las inclinaciones de nuestro corazon.

El buen sentido de la humanidad ha rechazado en todos tiempos esa invencion filosófica de las ventajas de la persecucion: los tiranos se han engañado algunas veces abusando desmedidamente del hierro y del fuego; pero en medio de sus excesos andaban guiados de una idea verdadera, cual es, que para destruir una causa ó sufocar una doctrina, es un excelente medio el erizarlas de peligros y de males para cuantos intenten seguirlos. Yo ando buscando en la historia los buenos efectos de la persecucion en pro de la cosa perseguida; y no los encuentro. Hallo una excepcion en el cristianismo, pero esto mismo me lleva á pensar que la causa de la excepcion está en la omnipotencia de Dios. El apedreamiento de S. Estéban inauguró una era de triunfos, abriendo el glorioso catálogo de los mártires cristianos; pero la cicuta de Sócrates no veo que les inspirase á los filósofos el deseo de morir: la *prudencia* ganó mucho terreno; Platon al anunciar ciertas verdades delicadas cuida de cubrirlas con cien velos.

Pasando á tiempos posteriores, observo el mismo fenómeno: así por ejemplo la secta de los Priscilianistas contra la cual se desplegó mucho rigor, veo que se encontró atajada en sus progresos hasta extinguirse casi del todo. Una de las religiones que mas extension han alcanzado, fué sin duda la de Mahoma; y por cierto que sus progresos no se debieron á la persecucion, sino á las armas con que arrolló á sus adversarios, y á los halagos con que arrastró gran número de prosélitos. Cuando las guerras religiosas del Mediodía de la Francia en tiempo de los Albigenses, tampoco veo que estos sectarios medrasen con la contra-

riedad; muy al revés, fuéronse disminuyendo cada dia hasta llegar á un estado de postracion y casi aniquilamiento.

Me dirá V. que el protestantismo cundió y se arraigó á pesar de todos los contratiempos que tuvo que sufrir; y que así como la llamada reforma se extendió á pesar de las persecuciones, no es extraño que aconteciese lo propio con respecto al cristianismo. Yo no sé dónde han encontrado Vds. estas tremendas contrariedades y persecuciones sufridas por la malhadada reforma; no parece sino que estamos hablando de las épocas de los jeroglíficos, pues que de tal manera se trastornan los hechos, y se hacen comparaciones absurdas.

Echemos una ojeada sobre la historia de los primeros tiempos del protestantismo, y veremos que estuvo muy distante de deber sus progresos á las ponderadas persecuciones. En Alemania, desde el momento de su aparicion, contó de su parte muchos y muy poderosos sostenedores: entre ellos varios príncipes que lo manifestaron abiertamente, ora protegiendo por varios medios la difusion y el arraigo de las nuevas doctrinas, ora apelando á las armas, cuando creyeron llegado el caso de emplear la violencia. Lo que en Alemania, aconteció á poca diferencia en los demás países del continente, mas ó menos infestados por el protestantismo; sin exceptuar la Francia, donde es bien sabido que á más de los patronos que encontró en las clases elevadas, pudo contar durante mucho tiempo con uno que valia para todos: Enrique IV. No es menester recordar la historia de Enrique VIII de Inglaterra; nadie ignora de cuáles medios echó mano este violento monarca para propagar y arraigar el cisma á que le lanzara su ciega passion; y el sistema de este perseguidor continuó en los reinados siguientes, con igual sino con mayor recrudescencia.

A poco de haber nacido el protestantismo ya tenia en su favor grandes ejércitos, poderosos príncipes, naciones enteras; ¿qué punto de comparacion hay entre la propaga-

cion de la llamada reforma y la de la religion cristiana? Si no le faltaron algunos que se sacrificaron por ella, recuerde que en esto no sucedió sino lo mismo que se verifica en todas las causas civiles: siempre de uno y otro lado se ven fogosos partidarios que ó mueren peleando en el campo de batalla, ó tienen bastante aliento para arrostrar los cadalsos.

Figurémonos que por espacio de tres siglos hubiese debido luchar con las horribles persecuciones de que fué víctima el cristianismo: ¿dónde estaria actualmente? ¿Que-reis saberlo? observad lo acontecido en los países donde se le reprimió con mano fuerte. En Francia tuvo diferentes alternativas de indulgencia y de rigor, pero tan pronto como se emplearon contra él las medidas severas con alguna perseverancia, fué debilitándose, casi hasta llegar á desaparecer. ¿A qué estaba reducido algun tiempo despues de la revocacion del edicto de Nantes? Jamás ha podido reponerse de los golpes que le descargó Luis XIV; siendo de notar que aun en la actualidad, despues de tantos años de tolerancia, es todavía muy insignificante. En aquel país, la inmensa mayoría está dividida entre el catolicismo y la incredulidad.

Lo sucedido en España puede darnos una idea de la fortaleza del protestantismo para hacer frente á la persecucion. Sabido es que á mediados del siglo xvi habia alcanzado bastantes prosélitos, siendo tanto mas peligrosos, cuanto pertenecian á categorías distinguidas. La Inquisicion sostenida y alentada por Felipe II, desplegó contra los sectarios el rigor que nadie ignora: al cabo de poco, ya no se hablaba de partidarios de las nuevas doctrinas. ¿Era esta la conducta de los primeros cristianos? ¿Abandonaban tan fácilmente el terreno donde habian logrado hacer algunas conquistas? Dígalo el mundo entero, dígalo especialmente esta misma España, regada y fecundada con la sangre de tantos mártires. Nada vale el alegar el rigor de la Inquisicion; este rigor no podia por cierto compararse con el empleado por los procónsules del imperio; por mas

horribles que se quieran pintar las penas aplicadas á los herejes, no se las encontrará semejantes á las que sufriera S. Vicente.

Lo que se ha dicho de España, puede decirse de Portugal y de Italia; por manera que el protestantismo no llegó á conservarse en ninguno de los países en que se vió precisado á arrostrar una contrariedad sostenida. Donde se trató sériamente de extirparle, fué extirpado; presentando un contraste notable con el catolicismo, que aun en los reinos donde sufrió mayores quebrantos se ha conservado siempre, sin que sus perseguidores hayan alcanzado á lograr su completa desaparicion. En confirmacion de esta verdad recuérdese lo sucedido en la Gran Bretaña.

Yo no sé, mi estimado amigo, qué es lo que puede responderse á las razones que acabo de exponer; pareceme que despues de haberlas leído, se le habrá presentado á V. algo mas robusto el argumento que se funda en la *sangre de los mártires*. Examine V. con detencion é imparcialidad este grande hecho que hace á la vez horrosas y sublimes las primeras páginas de la historia de la Iglesia; y no dudo que verá en él algo de maravilloso, que no es posible explicar por causas naturales. Creo haber desvanecido las dificultades que le impedian á V. el dar á nuestro argumento toda la importancia que se merece. Como quiera, estoy seguro de que no podrá V. echarme en cara que haya esquivado el tratar la cuestion bajo todos los aspectos, ni procurado disminuir en lo mas mínimo la fuerza de la dificultad, para no hallarme en la precision de deshacerla. Si no he podido avenirme con ideas que daba V. por recibidas, tampoco me he tomado la libertad de rechazarlas, sin aducir las razones en que me apoyaba. Tratando uno con escépticos, es preciso no mostrarse crédulo en demasía; y por consiguiente conviene no aceptar sin examinar, aun cuando sea necesario contradecir autoridades filosóficas que pasan por respetables. Mucho desearia que pudiésemos continuar discutiendo sobre los motivos de credibilidad; pero atendido el curso que va tomando la

polémica, no sé si despues de haber andado V. primero por el infierno, y despues por los cadalsos de los mártires, otro dia se me plantará de un vuelo entre los conciertos de los querubines. Entre tanto, vea V. en qué puede complacerle este S. S. S.—*J. B.*

(Número de la Revista correspondiente
á 1.º de julio de 1843.)

LA POBLACION.

ARTÍCULO 2.º

Dijimos en el artículo anterior que en estas materias, el prurito de mirar las cosas en grande, calculando por lo que resulta de las colecciones de muchos datos, ha hecho que se descuidase el exámen de lo que sucede en cada familia. Esto último, si bien mas sencillo y aislado, tiene en cambio la ventaja de ser mas susceptible de una observacion minuciosa; y con las modificaciones correspondientes, no deja de poder conducir á resultados generales. Creemos tambien, que el deslumbramiento producido por el oropel científico acarrea frecuentemente el olvido ó el desprecio de las lecciones que nos da la simple prudencia: esa prudencia preferible muy á menudo á las concepciones de la razon.

Si bien se observa con tanto discurrir y calcular, al fin los economistas han venido á conformarse con lo que en todas épocas ha estado diciendo el buen sentido de la humanidad. Preguntad al hombre mas rudo si conviene que se aumente la poblacion, y desde luego os dirá, que segun cómo y de qué manera. ¿Estais en un país donde hay